

Al rumor de aquellos besos  
sus ojos la madre abría;  
abriólos, mas no vió nada,  
que el candil ya se moría.

—¿Quiénes se están dando besos,  
hija mía, al pie de mí?

—No son besos. Son las fuentes,  
son las fuentes del jardín.

Segura con tal respuesta  
la madre se adormecía.

Viéndola dormir, Mafalda  
á su amado sonreía;

sonreía, y en sus brazos,  
en sus brazos se metía.

De seda labrada era  
corpiño que la ceñía.

Contra el pecho, el caballero,  
contra el pecho la oprimía,  
con tal fuerza, que la seda  
de su corpiño crujía.

Oyendo crujir la seda  
sus ojos la madre abría;  
abriólos, mas no vió nada,  
que el candil ya se moría.

—¿Quién anda crujiendo sedas,  
hija mía, al pie de mí?

—El viento que arrastra hojas,  
hojas secas del jardín.

Segura con tal respuesta  
la madre se adormecía.

Viéndola dormir, Mafalda  
á su amado sonreía,

sonreía, y en sus brazos,  
en sus brazos se metía,

y á los labios del amado  
sus lindos senos abría.

Con tal arte el caballero  
besaba, que parecía

que no estaba dando besos,  
sino que en ellos mordía.

Con ese morder de senos,  
sus ojos la madre abría;

abriólos, mas no vió nada,  
que el candil ya se moría.

—¿Quién anda mordiendo senos  
hija mía, al pie de mí?

—El jardinero que muerde  
fruta verde en el jardín.

EUGENIO DE CASTRO

